

1. Un disparo

El pozo de la cantera estaba a algo más de un kilómetro al este de la ciudad, era del tamaño de una laguna y tan profundo que los menores de dieciséis años tenían prohibido ir a nadar en él. Yo sólo lo conocía de oídas. Es un pozo sin fondo, decía la gente, y como a mí me maravillaba eso de que si cavas y cavas en línea recta acabas saliendo en China, me lo creía a pies juntillas.

Una mañana de invierno, poco antes del amanecer, los tres hombres que estaban allí cargando grava oyeron lo que les pareció un disparo. Aunque también podía haber sido el estampido de un motor de coche, en eso estaban todos de acuerdo. Al cabo de unos segundos, amaneció. No vieron a nadie acercarse a la cantera por el prado de enfrente ni por la carretera. Pero la detonación no provenía de un coche estropeado. Acababan de pegar un tiro a un aparcerero llamado Lloyd Wilson y lo que habían oído era el disparo que le había matado.

En el juzgado de instrucción el tío de Wilson, un sesentón que llevaba años viviendo con él, declaró que cuando estaba dando de comer a los caballos vio pasar

el quinqué de su sobrino de camino hacia el establo. Entre las cuadras y el establo había unos ciento setenta metros de distancia. El hombre no oyó el disparo, ni tenía constancia de que esa mañana hubiera entrado ningún desconocido en la granja. Cuando sucedieron los hechos vivían allí el fallecido Wilson, sus dos hijos pequeños, de seis y nueve años, una guardesa de avanzada edad, y el tío, Fred Wilson.

Después subió al estrado la guardesa y declaró que en la última mañana de su vida Lloyd Wilson se levantó a las cinco y media como tenía por costumbre, se vistió y preparó dos fuegos. Mientras esperaba a que prendiera el de la chimenea de la cocina se quedó un rato con ella, hablando y haciendo bromas. Estaba de buen humor y salió de la casa silbando. Normalmente tardaba poco en ordeñar a las vacas y solía estar de vuelta en la cocina antes de que ella tuviera el desayuno preparado. Como sabía que esa mañana él tenía que ir a la ciudad a recoger a un hombre que iba a ayudarlo a desgranar unas mazorcas atrasadas, a las siete en punto dijo al hijo menor que fuera a ver por qué tardaba tanto su padre. Cuando el chico le pidió una linterna ella miró hacia la oscuridad tras la ventana y le dijo que no hacía falta, porque se veía la luz del quinqué en la puerta abierta del establo. Apenas habían pasado unos minutos cuando le oyó volver a entrar en casa. Estaba llorando. Al abrir el portón y llamarle, él le dijo: «¡Papá está muerto! Está ahí sentado con los ojos abiertos, pero está muerto...».

La típica ocurrencia de un niño. Apartándolo, sin creerle, la mujer echó a correr hacia el establo. Wilson

estaba en la cuadra central, sentado en una banqueta de ordeño, con el cuerpo desplomado sobre el tabique de separación. Agarrándole de una mano, la mujer exclamó:

—Lloyd, pero ¿qué te ha pasado?

Pensaba que habría tenido un infarto, o quizás una apoplejía. Pero el niño tenía razón. Aunque estaba ahí sentado con los ojos abiertos, estaba muerto.

La guardesa y Fred Wilson se ocuparon de todo. Es decir, ella volvió a la casa e hizo varias llamadas de teléfono y él acabó de ordeñar las vacas, las llevó a pastar y se sentó junto al cadáver hasta que el enterrador y su ayudante vinieron de la ciudad a llevárselo. Como ya sufría de rígor mortis, tuvieron que cortarle la manga del abrigo para poder desvestirlo. Fue al quitarle el abrigo, la chaqueta, el chaleco de pana y la camisa de franela cuando vieron una pequeña mancha roja en la camiseta, encima del corazón.

En aquellos tiempos —me refiero al comienzo de la década de 1920— la gente de Lincoln no tenía la costumbre de cerrar la puerta por la noche, si lo hacían no era pensando que pudiera entrar un ladrón. A veces salía en el periódico de la tarde una noticia sobre alguna detención por conducta escandalosa, pero eran siempre casos de embriaguez. Sin pararme a pensar, habría asegurado que no podían cometerse actos violentos en una localidad cuyas casas no estaban muy separadas entre sí ni protegidas por altos muros y donde habría resultado muy difícil hacer algo raro sin que alguien, por una u otra circunstancia o por simple curiosidad, acabase viéndolo. Pero consideremos la

siguiente frase procedente de una historia de Logan publicada en 1911: «Pese a haberse producido en torno a unas cincuenta reyertas con resultados mortales... apenas ha habido casos en que las partes implicadas tuviesen cierto renombre o una posición relevante en la comunidad». El tiroteo, apuñalamiento o paliza solían ocurrir en una barraca de una mina de carbón, en un callejón o en alguna granja perdida, pero uno de los crímenes mencionados en el libro sucedió en una casa de la calle Décima, a una manzana de la casa donde vivíamos cuando yo era pequeño. Lo que diferenció el asesinato de Lloyd Wilson de todo el resto fue un dato tan espantoso que el *Courier-Herald* de Lincoln tardó varios días en decidirse a publicarlo: el asesino había cortado la oreja del muerto con una navaja y se la había llevado. En aquellos tiempos prefreudianos nadie se planteaba si la oreja era un sustituto de algo o no. Lo que hacían era temblar de miedo.